

# EL NACIONALISMO RUSO MODERNO

José M. Faraldo



BÁLTICA  
ensayo

© José María Faraldo  
© de esta edición: Báltica Editorial  
© de la cubierta: Fernando Ampudia

Maquetación: Prema Served, [www.premaserved.com](http://www.premaserved.com)  
Impresión: Estugraf Impresores S.L.  
Pol. Ind. Los Huertecillos, Calle Pino, nº 5, 28350 Ciempozuelos, Madrid

ISBN: 978-84-947227-7-6  
DL: M-20359-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopias o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Karl Schlegel, amigo y maestro*



## INTRODUCCIÓN

Cuando la Unión Soviética desapareció en 1991, pareció que toda una civilización se había venido abajo. No se trató solo de la disgregación de un imperio geográfico, sino de la desintegración de un mundo total, global, que había planteado una alternativa —fuera válida o no— al eje aparentemente principal del desarrollo histórico de la humanidad. Muchos creyeron que —con retrocesos y adelantos—, lo que había conformado esa civilización se sumergiría en el mar como una Atlántida tragada por un terremoto.

No ha sido así. Los fragmentos del sistema desaparecido se han reunido, repegado, reordenado y han dado paso a una nueva forma de ver el pasado y proyectarlo hacia el futuro. En especial, muchas de las señas de identidad «soviéticas» no se han esfumado, sino que se han transformado en otra cosa, en parte del cuerpo de la identidad «rusa». La extensión del nacionalismo tras el comienzo de la presidencia de Vladimir Putin (2000) ha venido de la mano de la reconstrucción de un sentimiento de orgullo que, aunque nuevo, tiene también mucho que ver con la conciencia imperial de la vieja Unión Soviética.

Así parece demostrarlo la ola de entusiasmo nacionalista en la Federación Rusa que siguió a la anexión rusa de Crimea de marzo de 2014 y la posterior agitación nostálgica de los pro-Putin en el Este de Ucrania. Estos acontecimientos mostraron la necesidad de tener en cuenta los sentimientos nacionalistas rusos, tanto en la propia Federación Rusa, como fuera de ella.

El sistema construido por Vladimir Putin tiene fuentes y orígenes muy diversos y es, en buena medida, producto de las circunstancias. Los aspectos más ideológicos de sus Gobiernos —como, por ejemplo, la introducción por decreto de una visión homogénea de la historia de Rusia— fracasaron una y otra vez. Pero también es cierto que, como sistema de pensamiento, el sistema de Putin se ha construido sobre los materiales dejados por la Unión Soviética. Que Putin volviera a usar el antiguo himno soviético —con la letra cambiada— no significa otra cosa que su consciente deseo de introducir su régimen en la continuidad de la historia ruso-soviética. Todo es un *continuum* que, en su visión, muestra sobre todo la singularidad de la identidad y la historia de este gigantesco fragmento de Eurasia que ocupa la hoy Federación Rusa, pero que se extiende a territorios más allá de sus fronteras.

En parte, la forma en que se ha conformado la ideología de Putin tiene mucho que ver con la influencia de filósofos y pensadores ultraconservadores como el Premio Nobel de Literatura Alexander Solzhenitsyn, el filósofo Ivan Ilyn o el pensador y activista ultraderechista Alexander Dugin. En parte también, y aunque sea de forma instrumental, la renacida Iglesia ortodoxa ha realizado su aportación a la conformación del sistema de la Rusia actual.

Uno de los núcleos básicos de la visión putiniana del pasado y del futuro del país tiene que ver con un elemento clave que surgió durante la época de la Unión Soviética, dentro del sistema, pero al margen de él, y que, sin embargo, adquirió carta de naturaleza cultural con el tiempo: el nacionalismo ruso. Independientemente de las ideas políticas y de las tendencias muy diversas y plurales dentro de la Ru-

sia postsoviética, lo cierto es que las imágenes creadas por este nacionalismo ruso han marcado la acción y las prácticas sociales de las generaciones posteriores al final del sistema comunista. Por ello, resulta interesante comprobar que los aspectos más profundos del nacionalismo ruso posterior a la perestroika hayan sido anticipados por la oposición derechista al sistema soviético, dentro y fuera del sistema. La forma de ver el mundo de esta oposición parece haber triunfado finalmente. Quienes, desde el nacionalismo ruso, la política confesional y el integrismo religioso, e incluso desde el racismo y la xenofobia, se oponían al sistema soviético lograron contagiar de su fiebre al grueso de la sociedad rusa. ¿Cómo explicar esto? ¿No era en la Unión Soviética el Estado el propietario de todos los medios de producción? ¿No controlaba, de este modo, casi todos los medios de comunicación social y casi todos los procesos educativos? ¿No era una sociedad internacionalista, que había combatido y eliminado el nacionalismo? ¿Cómo pudo pues dar paso a imágenes que parecían relegadas al pasado, de un nacionalismo ruso que se decía había sido superado por el nuevo mundo del *homo sovieticus*?

El libro que aquí abrimos describe algunas de las formas en que se fueron conformando estas imágenes y, en suma, este sentimiento de pertenencia a una comunidad imaginada e imaginaria, pero realmente existente. Hay que tener en cuenta una advertencia preliminar importante: hoy día, en Rusia, la palabra *natsionalism* (nacionalismo), no se refiere —como en España—, a cualquier discurso sobre una nación, sino solo a un sentimiento exclusivo, más o menos xenófobo, agresivo hacia los «enemigos» externos o internos, y que puede llegar a ser racista en el sentido cultural e incluso biológico de la

palabra. En cambio, la palabra *patriotism* (patriotismo) se refiere a un sentimiento nacionalista que no necesariamente es exclusivista —aunque puede ser agresivo—, pero que es de tono eminentemente defensivo. En el presente libro, sin embargo, usaremos *nacionalismo* en su sentido habitual en la ciencia histórica y política occidental: discursos sobre la nación, símbolos, ideologías y emociones que sustentan la creencia en una comunidad nacional.

El texto examina primero los factores de la construcción de un corpus cultural «soviético», compartido pues por toda la URSS, e incluso más allá. Más adelante muestro cómo una parte de esa herencia se transformó y etiquetó como «rusa» —a medias entre la disidencia y la aceptación del sistema— y cómo se construyó un sentimiento nacional «ruso», que usaba en parte los mimbres de lo «soviético» al tiempo que recuperaba el pasado prerrevolucionario. Contaremos luego, brevemente, algunos aspectos exóticos del nacionalismo ruso postsoviético y haremos una referencia a los acontecimientos ucranianos de 2013-2014, que parecen demostrar que la visión del mundo que propone el nacionalismo ruso se extiende a través de otros lugares. Esto abre un amplio campo para comprender por qué el sentimiento nacional *soviético* no sirvió para detener la destrucción de la URSS y, sin embargo, ha seguido vivo y se ha recreado después de su final, conjuntando la bandera roja con la tricolor rusa.